

Historia de una desilusión

1927, los surrealistas y el P.C. francés

Angela Merino

«Donde el Surrealismo se reconoció por primera vez, mucho antes de definirse a sí mismo y cuando aún no era sino asociación libre entre individuos que rechazaban espontáneamente y en bloque las coacciones sociales y morales de su tiempo, fue en el negro espejo del anarquismo. Entre el número de altas cimas en las que nos dábamos cita al día siguiente de la guerra de 1914, y cuyo poder de adhesión era a toda prueba, se contaba este final de la Ballade Solness de Laurent Tailhade:

*¡Golpea nuestros corazones que marchan desgarrados
Anarquía! ¡Oh portadora de antorchas!
¡Expulsa a la noche! ¡Aplasta a la canalla!*

En ese momento la negación surrealista es total, absolutamente inepta para dejarse canalizar en el plano político.»

(«La llave de los campos», André Breton)

¿**P**OR qué no pudo operarse en aquel momento una fusión orgánica entre elementos anarquistas propiamente dichos y elementos surrealistas? No es dudoso que la idea de la eficacia, de moda en toda esa época, lo decidiera de forma diferente. Pero no por ello era menos cierto que en los alrededores del año 1927 sólo la III Internacional parecía disponer de los medios para la transformación del mundo. Los surrealistas podían creer aún que los signos de degeneración y regresión fácilmente observables ya en el Este todavía eran conjurables. Los surrealistas vivieron entonces con la convicción de que la Revolución Social extendida a todos los países no podía dejar de promover un mundo **libertario**. Todos o casi todos los pensaron así, inclusive aquellos que, como Aragon, Eluard, etc., llegaron después a hacerse en el estalinismo una carrera...

La lectura del dossier que sobre el Surrealismo se publica en el último número de «**El viejo topo**» me ha hecho suponer que sería interesante ampliar algo, ya que creo no se trata adecuadamente, el asunto «relaciones del surrealismo con el marxismo», ya historia, y que es posible considerar a partir del cambio de nombre que sufre la revista «oficial» del

surrealismo, «**La Révolution Surréaliste**», que desaparece en 1929 para ser sustituida por «**Le Surréalisme au service de la Révolution**». Y simplemente con este cambio de nombre surge el problema «de la servidumbre que la ideología marxista pueda imponer al arte, que debe abdicar de su propio ser para servir al Partido a cuenta de la revolución». Pero en este breve artículo no pretendemos centrarnos sobre la problemática ideológica, sino hacer una parcial y por supuesto incompleta reseña histórica, que quizás pudiera incitar a otros a preocuparse, a través de esta experiencia de los surrealistas de entonces, de plantear de nuevo la cuestión: arte-marxismo.

El giro hacia la política que movió al surrealismo puede situarse con precisión hacia el verano de 1925, con motivo del acercamiento de algunos surrealistas al grupo de la revista para-comunista «**Clarté**», que en bastantes aspectos tenía sus simpatías, y el acercamiento fue iniciado por Breton al publicar una reseña sobre la obra de Trotski sobre Lenin, en el número 5 de «**La Révolution surréaliste**», donde se da el primer paso hacia una mejor comprensión de las ideas e ideales cuya resultante había sido la revolución rusa. Por parte



«En la cita de los amigos», pintura de Max Ernst. (De pie: Soupault (2), Anp (3), Morise (5), Rafael (7), Eluard (9), Aragon (12), Breton (13), Chirico (15), Gala Eluard (16); sentados: Grevel (1), Ernst (4), Dostolevski (6), Fraenfel (8), Paulhan (10), Péret (11), Baargeld (14), Desnos (17).) Rafael y Dostolevski eran los grandes «odios» del grupo.

del grupo de Clarté también existe una simpatía hacia los surrealistas, aunque sin llegar a una preocupación en un compromiso estrictamente político, que, por otra parte, surgió en Breton y sus amigos con un cierto retraso. Este acercamiento se había hecho posible más bien gracias a ciertas animosidades comunes contra el pensamiento burgués, y se concreta a partir de mayo de 1925, fecha en la que Clarté publica un artículo de Victor Crastre favorable al surrealismo.

Desde entonces los acontecimientos políticos (Guerra del Rif) y la preocupación y entusiasmo de Breton hacia el «Lenin» de Trotski, consolidan la naciente comunidad de pensamiento: el manifiesto «La revolution d'abord et toujours» (firmado por 29 surrealistas, 8 miembros de Clarté, los del grupo marxistizante «Philosophies») y recogido en el número 15 de «**La Revolution surréaliste**», siendo acogido dicho texto favorablemente por «**L'Humanité**», y continuando la creciente relación con la aparición de colaboradores surrealistas en Clarté, que culmina con el proyecto —que no se lleva a cabo— de una revista («**La Guerre civile**»), que reúne a los dos grupos.

La segunda etapa de la evolución de Breton hacia el P.C.F. se verá marcada por la creciente intervención de Pierre Naville, que presiona a sus amigos a pasar realmente a las filas comunistas, y que recibe respuesta de Breton en el opúsculo «**Legitime defense**», publicado en 1926, en el que se exponen las exigencias surrealistas en relación con las comunistas, y el derecho del surrealismo a continuar sus búsquedas aparte de toda presión exterior. Y de los esfuerzos realizados por Forrier y Bernier, del grupo Clarté, aprovechándose de su formación marxista para hacer modificar algunas de las posiciones de los surrealistas para que se comprometieran con ellos en la vía del militantismo, surge, sin duda con excesiva precipitación, su conversión al materialismo dialéctico, mientras los elementos de Clarté se defendían con dificultades de una cierta tentación surrealista.

Esto comenzó a reflejarse en una especie de conversión en masa de los surrealistas al credo marxista, pero en realidad, como el mismo Breton expresó después, se trataba de que los grupos citados se pusieran de acuerdo para considerar que lo que más les preocupaba era, con mucho, el avasallamiento en el que una



Era evidente, y sigue siéndolo, que el auténtico objeto de la preocupación surrealista es la condición humana, por encima de la condición social de los individuos. (En la foto, André Breton).

parte del género humano, que por lo demás era ínfima, mantenía a la restante, sin que para ello pudiera existir justificación de ningún tipo. Este mal era, de entre todos, el más intolerable, debido al hecho de que remediarlo sólo dependía del hombre. Pero en realidad los surrealistas no estaban de acuerdo en que la supresión de este estado de cosas fuera la solución final de «un mundo mejor». Era evidente, y sigue siéndolo, que el auténtico objeto de la preocupación surrealista es **la condición humana**, por encima de **la condición social** de los individuos.

Por otra parte, no deja de ser cierto que esta condición social inicua constituía una pantalla entre el hombre y sus auténticos problemas, pantalla que debía ser derribada antes que nada. Entre los planes elaborados en distintas edades y por algunos hombres, para los surrealistas de entonces, uno de estos planes se destacaba por encima de los restantes: el marxismo. Y de la lectura de obras de Marx, Engels y Lenin había deducido como lo más seguro para ellos, ayudar a «transformar el mundo», y pese a todos sus reparos a suscribir sin reservas la famosa «primacía de la materia sobre el espíritu», pese a que ello implicaba apreciables sacrificios. Esta violencia no

ayudó a Breton y a algunos más durante mucho tiempo a aguantar la cuerda.

Por otra parte, ya en 1926, antes de la adhesión al P.C.F., existían diferencias, palpables por los ataques hechos en el opúsculo «**Légitime defense**» contra Henri Barbusse, que desempeñaba un papel esencial en las orientaciones culturales de aquella época del P.C.F. El texto puede ser calificado de virulento y trata al director literario de «**L'Humanité**» de «camelista de la peor especie» y «si no un reaccionario, al menos un retrasado, lo que no es mejor precisamente». El opúsculo lo constituye una serie de advertencias lanzadas al P.C.F., a la vez incluso que Breton afirma que el Partido «es revolucionariamente la única fuerza con la que se puede contar», pero advirtiendo ya que es necesario que el Partido se persuada de que una acción revolucionaria en el exclusivo nivel del «salarinado» y de la organización económica es insuficiente: la revolución es necesaria igualmente en el pensamiento, en el conocimiento.

A pesar de la pequeña frase de «**Légitime defense**», «he juzgado inútil hacerme **inscribir** en el Partido comunista», en 1927 Breton se adhiere a él en compañía de Aragon, Eluard, Péret y Unik, antes había retirado de la cir-

culación su opúsculo «**Légirime defense**», por lealtad al P.C.F.

Con este motivo se publica «**Au grand jour**», que simultáneamente justifica esta adhesión común y reafirma la exigencia de autonomía del surrealismo en el terreno que le es propio, y no por ello deja de señalar los riesgos de una posible confusión acerca de las tareas que el Partido podría exigir a sus nuevos miembros, sobre cuestiones económicas, de metodología política, problemas sindicales, que no había sido de la competencia de los surrealistas.

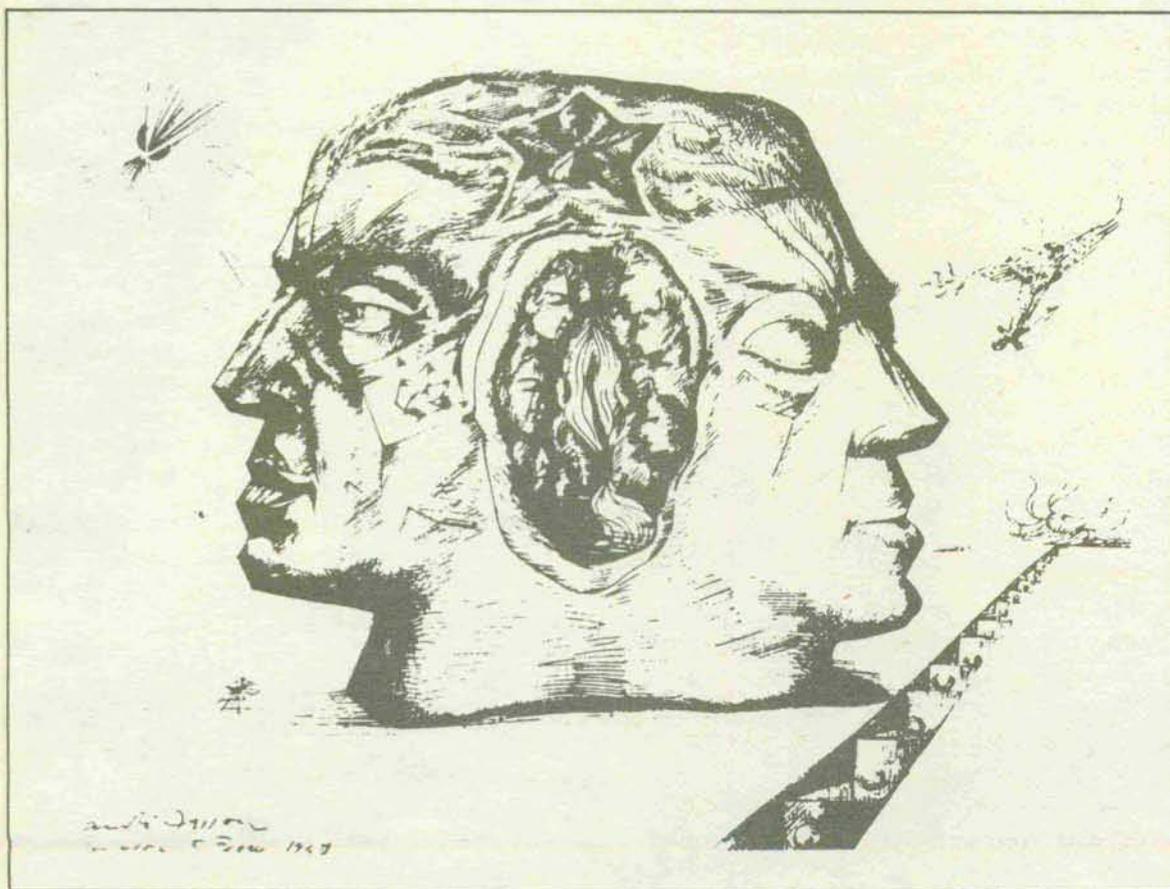
Después casi se entra ya en el terreno del «humor» por las relaciones de las comisiones integradas por miembros desconocidos del Partido, generalmente extranjeros, que investigaban a través de interrogatorios a Breton, las ideas de los surrealistas. Estas sesiones fueron calificadas por Breton como realmente algo parecido a un interrogatorio policiaco. Las explicaciones de Breton siempre eran admitidas como satisfactorias hasta que llegaba el momento en que uno de los entrevistadores exhibía un número de «**La Revolution surréaliste**», y todo volvía a comenzar.

Los obstáculos que encontró en 1927 la adhesión de un cierto número de surrealistas al Partido Comunista les obligó a retirarse casi inmediatamente; se había producido un fracaso, pero la ilusión persistió desde 1928 hasta

1932, fecha de ruptura con, al menos, digamos, el comunismo oficial.

El camino de la desilusión y de las dudas sobre si dicha adhesión al **Partido Comunista** había sido un error, comenzó a ser palpable al producirse la guerra civil en España, los procesos de Moscú en 1936-37-38, la negativa de dejar intervenir a Breton en el «Congreso de escritores para la defensa de la cultura», el descubrimiento de la existencia de «campos de trabajo»...

En unas entrevistas transmitidas por la Radiodifusión francesa de marzo a junio de 1952, A. Breton resume la experiencia con estas palabras: «Alguien ha dicho, o dirá, que el Surrealismo se mostró débil en este aspecto (preocupación de evitar un conflicto a fondo con el marxismo), que era él quien debía presentar su propio programa político en vez de querer adaptarse a uno ya existente, y tal vez tenga, o tendrá, razón en el plano intelectual, pero, en mi opinión, estará equivocado en el plano humano. En materia de transformación social del mundo, las consideraciones urgentes prevalecían por encima de todas las demás. El instrumento requerido para esta transformación existía y ya había dado pruebas de ello: se llamaba marxismo-leninismo. No teníamos aún ninguna razón para suponer que su punta estuviera envenenada» ■ A. M.



«En materia de transformación social del mundo, las consideraciones urgentes prevalecían por encima de todas las demás». (Retrato de Breton por André Masson, 1941).